

XILOCA 20
págs. 233-239
1997
ISSN: 0214-1175

NOMBREVILLA: VALORES NATURALES

José A. Domínguez*

Resumen.– Nombrevilla es un pequeño municipio zaragozano encuadrado a caballo entre Daroca y el Campo de Romanos. Como muchos pueblos de Aragón, tras décadas de abandono, está conociendo una lenta recuperación y revitalización ante el retorno de sus hijos y al rehabilitarse las casas como segundas residencias. En la actualidad, cuando se intenta rescatar el pasado y ahondar en las raíces locales, que estas líneas sirvan como primer paso para recuperar y divulgar también el patrimonio natural.

Abstract.– Nombrevilla is a small village from Zaragoza province situated between Daroca and El Campo Romanos. Like many villages of Aragón, after decades of leaving, it is being recovered, mainly rebuilding the old houses. The purpose of this work is that these lines serve to spread the heritage.

POBLACIÓN Y ECONOMÍA

El término municipal de Nombrevilla se encuentra enclavado en el Sistema Ibérico y se extiende sobre una superficie 17'68 km², con altitudes comprendidas entre los 850m (Rambla de S. Julián) y los 1.046 m del vértice Anento. El casco urbano se halla a 907 m al abrigo de un cortado orientado a poniente.

A finales del siglo XV los censos arrojaban 46 fuegos (Ubieto, 1985). A mediados del siglo XIX, según Madoz (1849), tenía 60 casas, incluidas la del Ayuntamiento y la cárcel. Contaba entonces con 180 almas y tenía una escuela de niños a la que acudían nueve. Hacia el año 1950, en la época previa a la emigración, llegó a tener casi 300

*Miembro de la Asociación Naturalista de Aragón (ANSAR).

habitantes. En la década siguiente sufrió una fuerte despoblación y el censo de 1970 ya sólo se registran 68 habitantes. Hoy, con un censo de 28 habitantes, apenas una docena de vecinos residen con cierta continuidad y eso que algunos de los que emigraron van retornando, ya jubilados, a vivir en el pueblo. También las nuevas generaciones vuelven aunque sea sólo en fines de semana y vacaciones, huyendo de la ciudad, para encontrar tranquilidad, rehabilitar la casa y cuidar del huerto o el jardín.

La economía local se ha basado tradicionalmente en el cultivo de cereal (trigo y cebada) de secano y en la ganadería extensiva de ovino, aprovechamientos que todavía se mantienen. En tiempos existían diversos hornos de cal que utilizaban la roca de las canteras de caliza. La existencia de un nevero en el casco urbano del pueblo también se puede interpretar como indicio de la fabricación de hielo a partir de nieve.

PATRIMONIO NATURAL

Nombrevilla posee un variado patrimonio natural derivado de su accidentada orografía, de los diferentes tipos de suelo y los diversos grados de presión humana. Las escasas dimensiones del término hacen que esos valores naturales adquieran una mayor relevancia. Así, por ejemplo, una de las causas por las que la localidad tiene proyección nacional es por la de albergar importantes yacimientos paleontológicos de la Era Terciaria en los que se han encontrado restos fósiles de *Hipparion*, antecesor del caballo actual, así como de carnívoros, roedores, gacelas, cérvidos y bóvidos (Liñan y Sequeiros, 1984). Esto es debido a que nos encontramos en lo que los geólogos denominan Depresión de Calatayud-Daroca-Teruel, colmatada por materiales del periodo Mioceno. Esta depresión separa las dos ramas de la Cordillera Ibérica, quedando al norte la denominada rama aragonesa y al sur la castellana.

En lo que respecta al paisaje actual, en el término municipal de Nombrevilla encontramos dos medios bien diferenciados, una meseta caliza y las colinas silíceas. La meseta o muela, de superficie suavemente ondulada y con una altitud por encima de los 1.000 metros, vierte aguas al Huerva. Esta muela cae bruscamente al oeste para dar paso a otro paisaje bien distinto de colinas surcadas por los barrancos que van a dar al Jiloca.

Atendiendo a la vegetación podemos distinguir distintos ambientes con sus formaciones vegetales características. Sobre la plana o meseta encontramos un típico paisaje paramero y estepario, como el que presentan las partidas de El Campo, La Cañada, Los Comunales y Las Pedrizas, con suelos de tipo básico o calizo. Aquí la vegetación natural ha quedado relegada a la mínima expresión en linderos y ribazos, desplazada por el cultivo del cereal.

Por otro lado está el dominio de la encina (*Quercus ilex*), el carrascal, asentado principalmente sobre suelos rojizos de carácter ácido o silíceo y que forma todavía una densa mancha boscosa relativamente bien conservada a pesar de ser aprovechado anualmente para leña. Se trata de un encinar ibérico (Montserrat, 1988), de tipo continental, sometido a una intensa sequía estival y resistente a las bajas tempe-



Destrucción de rambla y encinar durante la concentración parcelaria para extracción de áridos.



Aspecto del encinar sobre colinas de suelo rojo.

raturas invernales. En los claros de este bosque aparecen la lavanda (*Lavandula pedunculata*), *Halimium viscosum* y la estepa (*Cistus laurifolius*), signos de la degradación secular a que se ha sometido al encinar, el cual, no obstante, desempeña un importante papel como protector del suelo al cubrir laderas de fuertes pendientes. La paloma torcaz, el arrendajo y la curruca carrasqueña son algunos de los más conspicuos habitantes del carrascal.

Otro ámbito diferenciado es el pinar de pino carrasco (*Pinus halepensis*), de repoblación, que ocupa los escarpes calizos áridos y secos, cumpliendo, también, un inestimable papel como protector del suelo contra la erosión. El piquituerto y el ratonero común nidifican en este bosque.

También hay que destacar la vegetación que se refugia a lo largo de ramblas y arroyos, aprovechando la mayor humedad del suelo. Tras la muerte de los olmos (*Ulmus minor*), que hasta hace unos pocos años eran la especie dominante, los álamos temblones (*Populus tremula*) son ahora los árboles más destacados. Además, arbustos como sargas (*Salix angustifolia*), madre selvas (*Lonicera etrusca*), espinos (*Crataegus monogyna*), aligustres (*Ligustrum vulgare*), equisetos (*Equisetum ramosissimum*) o las rústicas zarzamoras (*Rubus ulmifolius*) flanquean las ramblas protegiendo las márgenes de la fuerza que llevan las aguas tras las violentas tormentas estivales, tan características del Sistema Ibérico. La tórtola común y el autillo vienen a criar aquí durante su estancia estival.



Campos de cultivo en El Boyoral. Al fondo el pinar.



Bancales de piedra con almendros al pie de la cantera. Uno de los pocos ejemplos de restauración y cuidado de muros de piedra.

Como nota curiosa cabe citar la presencia de la zumaquera (*Rhus coriaria*) en márgenes y ribazos, seguramente como muestra de la amplia distribución que pudo tener antaño este arbusto, debido a que se cultivó profusamente en muchas comarcas para extraer sustancias que se destinaban a la industria del curtido.

Pero el paisaje dominante en la localidad son los campos de cultivo ocupados por el cereal de secano, almendros y viñas, estas últimas en los suelos rojos y cascajosos. Los cultivos dejan poco margen a la vegetación natural, que se refugia en los ribazos y lindes, donde encontramos cerezos (*Prunus avium*), acerollos (*Sorbus domestica*) y nogales (*Juglans regia*). En los eriales incultos encontramos la zarza calambrujera o rosal silvestre (Rosa canina), la aliaga (*Genista scorpius*), el tomillo (*Thymus vulgaris*) y la salvia (*Salvia lavandulifolia*), buenos ejemplos de unos suelos sometidos a una presión inmisericorde. La liebre y el conejo, la perdiz, la codorniz o la totovía pululan en este medio humanizado, procurando eludir al zorro y la culebra bastarda.

Como concesión al agua y la humedad, diversas fuentes dan una cierta nota de frescor al ambiente. Propiciados por el sustrato calizo de la muela que conforma el Campo de Romanos y que actúa como zona de recarga, varios manantiales surgen al pie de los cortados donde la muela se fractura. Estos manaderos se aprovechan como balsas (La Andehuela, Cutanda) para el ganado y para regar pequeños huertos, abandonados en su mayor parte pero que vuelven a ser desbrozados y puestos en cultivo. La importancia de estas charcas es trascendental pues crean microcosmos de enorme biodiversidad en un entorno áspero y riguroso.

EL IMPACTO DE LA ACCIÓN HUMANA

La agricultura y ganadería y el aprovechamiento del monte han modelado durante siglos el paisaje. La carrasca, por ejemplo, hoy recluida a un pequeño bosque, debió distribuirse ampliamente ya que se pueden observar ejemplares aislados en linderos y ribazos por todo el término. La carrasca se ha aprovechado tradicionalmente para leña mediante cortas anuales y aún hoy se mantiene este uso. Otros usos se han perdido, como es la recolección de la bellota, bien para consumo humano, bien para hacer la harina que se daba a los cerdos junto con el ramón de olmo, según cuentan los mayores.

Recientemente las nuevas prácticas agrícolas han vuelto a modificar sustancialmente el paisaje local: por un lado las nuevas orientaciones agrícolas derivadas de la integración en la Unión Europea y, por otro lado, una supuesta modernización cuyos métodos son muy discutibles. Uno de los primeros síntomas del cambio que iba a experimentar el paisaje agrícola, a raíz de las ayudas económicas comunitarias, fue el arranque de las cepas y la desaparición de las viñas existentes. Luego surgieron cultivos como el girasol y el lino y, por último, algunas tímidas plantaciones de encinas encuadradas dentro de las ayudas a la reforestación.

Pero uno de los factores que más drásticamente ha alterado el paisaje y la orografía local ha sido la concentración parcelaria llevada a cabo en 1993. Lo que podía haber sido una racionalización de las explotaciones, compatible con el respeto al medio natural, se convirtió en una ruptura total. Se construyeron pistas –con fuertes pendientes, incluso con 12% de desnivel en algún caso– sin adaptarlas al terreno, se desarticuló la rambla principal para extracción de áridos, se desmantelaron bancales de piedra, se destruyó gran parte del arbolado disperso y se eliminaron caminos, linderos y ribazos para conseguir parcelas más amplias pero de pendientes inauditas. Las consecuencias no se han dejado esperar y la erosión muestra su faceta más dramática. Ahora, cada tormenta se lleva en pocos minutos siglos de esfuerzo conteniendo suelos y haciéndolos fértiles.

En unos pocos años el paisaje se ha empobrecido de una forma asombrosa ante la acción humana. Se ha desecado zonas encharcadas, como la cabecera de la acequia de La Cañada, o han desaparecido manantiales al barrenar la cantera. Los bancales que no han desmontado los tractores se desmoronan ante el abandono. La erosión hace estragos. Iglesias, casas, palomares y hasta las bodegas excavadas en la roca se van hundiendo.

INICIATIVAS E IMAGINACIÓN

“Cuando la aliaga florece, el hambre crece”, he oído decir alguna vez al pastor del pueblo. Es de esperar que no sea un presagio y que la tarea divulgativa y conservacionista que algunas personas intentan, intentamos, llevar a cabo dé sus frutos.

No cabe duda que cada vez se valora más un entorno natural y bien conservado, lo cual no sólo es compatible, y conveniente, con las actividades agrícolas y ganaderas sino que además es complementario y el ejemplo más palpable es que empiezan a surgir las casas de turismo rural.

Por eso la restauración y recuperación del patrimonio histórico y natural es una asignatura ineludible. Así, junto a las actividades de divulgación de la fauna y flora, de actividades de repoblación vegetal de zonas degradadas, la recuperación de herramientas y útiles antiguos, la restauración de viviendas particulares, también urge acometer la rehabilitación de la iglesia barroca, de construcciones tradicionales como palomares y neveros, abordar la reconstrucción de bancales, recuperar linderos y ribazos, manantiales y balsas, cañadas y pasos de ganado, acondicionar el vertedero "municipal" y, en fin, abordar la recuperación de ese patrimonio común que está en la base de la identidad del grupo social y para lo que hace falta, desde luego, el esfuerzo común y la imaginación de todos.

BIBLIOGRAFÍA

ENCICLOPEDIA TEMÁTICA DE ARAGÓN, FLORA (1988), Zaragoza.

GRAN ENCICLOPEDIA ARAGONESA (1981), Zaragoza.

LIÑÁN. E. y SEQUIEROS, L. (1984): *Geología de Aragón, rocas y fósiles*. Zaragoza

MADOZ, P. (1849): *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*. Madrid.

UBIETO ARTETA, A. (1985): *Historia de Aragón. Los pueblos y despoblados II*. Zaragoza.